



LAS FURIAS  
Katie Lowe

Siruela Nuevos Tiempos

# LAS FURIAS

KATIE LOWE

Edición en formato digital: octubre de 2019

Título original: *The Furies*

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

En cubierta: fotografía de Lysandra Coules / Arcangel Images

© Katie Lowe, 2019

© De la traducción, Virginia Maza

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-17996-31-4

Conversión a formato digital: María Belloso

*Para Maria.*

*No soy profeta —ni es que importe—;  
he visto titilar mi momento de grandeza  
y al eterno lacayo sostenerme el abrigo y reír por lo bajo,  
y, en resumidas cuentas, he tenido miedo.*

T. S. ELIOT,  
*Canción de amor de J. Alfred Prufrock, 1915*

*Obsérvese a esta generación de brujas que, si en algún momento son maltratadas por uno de sus vecinos al grito de putas, ladronas o cosas por el estilo, son las más prontas en romper a llorar, estrujarse las manos, derramar lágrimas en abundancia y correr al juez de paz llevadas por la desolación absoluta para presentar sus denuncias con lágrimas incontables. Ahora bien, atiéndase también su estupidez, pues reflejándose en ellas la naturaleza o los elementos, cuando se las acusa del condenable y terrible pecado que es la brujería, no alteran ni mudan el rostro, ni dejan caer lágrima alguna.*

MATTHEW HOPKINS,  
*El hallazgo de las brujas, 1647*

Lo extraño, decían —y se estrujaban las manos y susurraban, como si no fuéramos a oírlos ni a estar escuchando por una extensión o a través de las paredes—, era que no podía determinarse la causa de la muerte.

Los resultados no eran concluyentes, decían, como si eso cambiara en algo lo que era: una chica de dieciséis años había aparecido muerta en el colegio y no tenían ninguna pista sobre el porqué ni el cómo. No había huellas inexplicables en el cuerpo, la exploración forense no dio con signos de violencia ni de agresión sexual y no encontraron ni una sola fibra que no llevara hasta ella, sus amigas o su madre, a quien abrazó por última vez antes de ir a clase por la mañana. Era como si el corazón se le hubiera parado de pronto y la sangre se le hubiera estancado en las venas, conservándola para siempre en un instante único y vigilante como el amanecer.

La prensa alimentó la confusión con fotografías de la pantalla de la policía que dejaban a la imaginación el terror oculto tras aquella tela. Aunque para entonces, yo ya lo había visto. Y lo sigo viendo a veces cuando intento dormir. Lo llevo grabado en la memoria, y no porque fuera algo horrible ni porque me dejara una especie de trauma de por vida. En modo alguno, lo que siento al recordarlo es justo lo contrario: un cosquilleo frío y dulce.

Hoy, el escenario se me presenta como un cuadro renacentista, con aquella composición perfecta y la leve inclinación en el cuello de la chica; igual que la *Piedad*, aunque de eso no me percaté entonces. De hecho, no fui consciente del parecido hasta más de una década después, en una visita al Vaticano. Como es obvio, mis alumnas pensaron que si rompí a llorar de repente al contar la historia de la escultura, era por mi gusto exquisito, en una respuesta vis-

ceral a la belleza de la obra de Miguel Ángel. No hice nada por sacarlas del error.

Viva, era hermosa —una niña que empezaba a descubrir su potencial, a conocerse, clavículas y carne en flor toda ella—, pero he de reconocer que la muerte la hizo sublime. Algo así como el poema *La Gioconda* de Michael Field:

*Mirada de soslayo, que incrimina desde la historia;  
el brillo del terciopelo sonriente en las mejillas;  
la sonrisa eleva unos labios serenos; una mano  
reposa  
con delicado rubor, el paciente reposa  
de la crueldad que aguarda, pero no va en pos  
de su presa...*

Una pareja infravalorada, en mi opinión. Cómo me encantan esas palabras, aún hoy.

Así, en esa postura, fue como la encontraron: con los ojos abiertos y perfectamente sentada en un columpio; dispuesta de forma impecable y viva en todo, salvo por los rugeros azules de sangre desoxigenada que desalojaron el rubor juvenil, por los hilos de plata de una delicadeza imposible que le sujetaban las manos a las cadenas y por lo rígida que tenía la espalda —obra del *rigor mortis*— cuando la encontraron sobre el balancín que aún se mecía con suavidad. Tenía los pies cruzados con elegancia por los tobillos, aunque un zapato se le había caído al suelo. Y llevaba un fino vestido blanco, que el rocío de la mañana había hecho casi transparente. Una obra maestra contemporánea, intensa y profunda.

«Qué desgracia», se lamentaban y la lluvia arrastraba goterones de tinta de las tarjetas de ramos de supermercado que decían «Un ángel ha subido al cielo». Remolacheros y pescadores murmuraban en las lonjas, su cara invadió las páginas de los periódicos locales —cuyo interés no solía ir más allá del aumento de la población local de gaviotas y de

los numerosos, cuando no inagotables, fallos del sentido único de circulación— y las cabeceras estuvieron presididas durante semanas por la foto del anuario y un «No te olvidaremos» escrito debajo en una letra demasiado informal. Los periodistas de los informativos —los periodistas de verdad, los venidos de todo el país y también de fuera, de tan fascinante que era la imagen— pasaron ese tiempo merodeando por la ciudad, atentos a lo que se contaba al oído y a la caza de pistas perdidas. La ocupación hotelera creció de forma espectacular y, haciendo gala de humor negro, los dueños de los restaurantes decían que no estaría mal alguna muerte más de vez en cuando. A ojos de todos, ese año resultó formidable.

—Pondremos todos los recursos a nuestro alcance para llegar al fondo de este asunto y evitar que algo así vuelva a suceder en nuestra ciudad —afirmó el jefe de policía, orgulloso de verse ante una cámara. La primera vez lo vi con mi madre y sola en casa años después, cuando un *voyeur* anónimo subió a internet un vídeo lleno de grano que lograba evocar las grandes tragedias de la era de la televisión (algo en él me recordaba a un vídeo del asesinato de Kennedy, la sobriedad de sus formas y el retumbar de la cabeza al caer hacia atrás)—. Indagaremos desde todas las perspectivas, no dejaremos pistas por seguir e investigaremos a toda persona que tuviera relación con la joven, hasta determinar las circunstancias exactas que la llevaron a sufrir tan trágica muerte.

No lo hicieron, por supuesto. Descartaron a los sospechosos habituales —novios, exnovios y un padre perturbado—, y ahí quedó todo. Incluso hoy en día, al buscar su nombre aparecen toda clase de teorías de aspirantes a detective, algunas delirantes y otras, sorprendentemente acertadas. Yo las leo de madrugada, movida por la curiosidad, cuando la oscuridad pesa y me urge verla. Les estoy agradecida a los *voyeurs* de la red y al desconocido que subió las fotografías de la escena del crimen décadas des-

pués. Por ellos, bullo de vida y mi recuerdo irradia blanco, cálido y cristalino.

Y es que, a pesar de todo lo que sucedió luego —la investigación, las preguntas, las lágrimas ante la cámara y el gimotear frases lastimeras a periodistas embobados— y de tantos años como han pasado, sigo enfrentada a una verdad inconfesable: no me siento culpable de lo que hicimos. De nada. No sé por qué, pero me es imposible. Soy consciente de que es un crimen y es evidente que me persigue el miedo al castigo. Pero, aun así, su muerte no me produce ningún sentimiento de culpa.

El año en que la conocí y a lo largo de los acontecimientos que llevaron a su muerte —su asesinato—, estuve más viva que nunca, ni antes ni después. Según Pater, el éxito de la vida reside en «Arder siempre con esta llama viva, como una piedra preciosa...»; la verdad, aunque suelo repetirles la cita a mis alumnas, nunca tengo la impresión de que prenda en su imaginación como nos pasó a nosotras. Y al recordarla a ella, siento que esa llama arde viva y brillante.

Estuvimos cerca de la divinidad. Tocamos a los dioses y los dioses nos corrieron por las venas. La lujuria, la envidia y la codicia nos aceleraron el pulso... y, por un tiempo, estuvimos verdadera y terriblemente vivas. Podría haber sido cualquiera de nosotras la que apareció allí sentada como la Virgen María, meciéndose con suavidad en aquel columpio. Fue simple cuestión de suerte que acabara siendo ella y no yo.

# OTOÑO

# CAPÍTULO 1

Entre los de fuera corría la broma de que aquel era uno de esos lugares a los que se va a morir. Una ciudad perdida en los confines del mundo y del tiempo, el final de todo.

Los habitantes ancianos, enfermos y cansados, los restos de la vieja fábrica de ladrillos horadada por el viento; algo hacia el sur, un lugar popular entre los suicidas, unos riscos blancos que los desesperados subían y luego sobrevolaban en su caída a un mar gris y helado; unas vías que se cortaban de golpe y caminos que no llevaban a ninguna otra parte... Seguramente, eso era lo más evidente, de donde nacía la broma. Aunque no eran las únicas señales.

También estaban los escaparates manchados por la lluvia y los quioscos cubiertos de excrementos de pájaro y de pintadas. Las playas grises, hechas de arena, esquirlas de cristal, latas de cerveza aplastadas y bolsas de plástico a partes iguales. Los salones de juego del paseo marítimo, el Caesar's Palace, el Golden Ticket y el Lucky Strike, con las moquetas empapadas de cerveza y lejía, el repiqueteo de las monedas de cobre sobre el estaño y unos hombres fumando frente al estridente brillo de las tragaperras y bajo el efecto hipnótico de los rodillos y del retintín. Los campos blanquecinos de hierba seca, alambradas y ladrillo. Los terminales de carga, con sus enormes sarcófagos de metal ordenados por bestias mecánicas; el hedor perseverante y lascivo de la lonja de pescado. Los refugios antiaéreos de chapa y la sirena de piedra con la cara erosionada por el viento.

Allí pasé mis primeros años de vida, con la sensación de no poder moverme, de estar convertida en la figura de un

óleo; el deterioro ha seguido avanzando inexorable y el mar, arrasando la costa. Un día todo habrá desaparecido y el mundo será un lugar mejor.

No hay mucho que contar antes de que cumpliera los quince, más allá de una infancia tranquila e insulsa, en la que días y años se esfumaban sin que sucediera nada. Mi madre se quedaba en casa, para enseñarme a leer y verme crecer, papá llevaba una pequeña tienda en la que vendía de todo, o esa impresión me daba, y yo me escondía en un almacén frío y oscuro para sacar fosforescentes y sacapuntas de colorines de bandejas de plástico desgastadas y cajas de cartón reblandecidas por la humedad, probar juegos de mesa contra mi sombra y leer libros con cuidado de no doblar los lomos y sujetando las páginas como si fueran antiguos pergaminos. Quizá suene a soledad, pero era acogedor.

A los ocho años, mi madre me dijo que aquella Navidad habíamos sido bendecidos con un regalo muy especial y se frotó la barriga hinchada. Lo busqué en la enciclopedia. Imaginaba las entrañas cediendo, unos puños agarrados a los tendones, el saco amniótico reventando y diminutos dedos escarbando para salir. Es una de las pocas Navidades que recuerdo de adulta.

Fue una niña. Una niña gritona, rabiosa y llorona, con una mata de pelo negro y los ojos grises y fríos. Ella, su vida entera, estuvo marcada por un aspecto que llevaba a pensar que sabía más de lo que decía y que la convertía en una pequeña guardiana de secretos. Cuando tenía siete años, íbamos de camino a la playa y el coche de mi padre se coló bajo las ruedas de un camión. Él murió en el acto, pero la cría pasó cuatro días agonizando, aunque ya apenas parecía ella. En realidad, apenas parecía un ser humano, con la piel llena de manchas azules y unas hendiduras húmedas en el cráneo.

Por mi parte, salí a rastras del coche, con el brazo manchado de sangre (que no era mía) y un pedazo de hueso mojado (tampoco mío) en el pelo; me sacudí las esquirlas

que llevaba pegadas a la piel y me alejé andando, como si acabara de despertar de un sueño largo y plomizo.

Ese fue el final, supongo; aunque también podría ser el principio.

Sus vidas terminaron y la de mi madre quedó parada. Aun décadas más tarde, cuando murió y regresé para vaciar la casa, todo seguía exactamente igual que aquel día. El papel pintado, descolorido y la moqueta, raída; los mismos libros en las estanterías y las mismas cintas VHS sin funda bajo la tele, que continuaba emitiendo el mismo zumbido ronco; la misma corbata colgada de un nudo suelto de la puerta del dormitorio, los mismos papeles hechos una pelota en la papelera y la misma frase de últimas palabras a medio escribir en una hoja amarilleada.

«Igual podemos hacerlo de otra forma» fue la última idea de mi padre en quedar grabada en tinta negra y emborronada. Todo estaba allí con recuerdos incrustados, las huellas de mi padre y la risa de mi hermana cubriéndolo todo, como una piel que nunca ha de mudar.

Yo, sin embargo, no sentí nada. Nada al salir del hospital. Nada al arrojar un puñado de tierra húmeda en aquel agujero y nada al escuchar el ruido sordo sobre la madera de pino barnizada. Tampoco nada con mi madre llorando en el sofá, tirándome del pelo y apretándome la cara entre las manos mojadas y calientes, como si tratara de aferrarse a mi vida...

Semanas más tarde, me quedé dormida con ella en el salón, y al despertar, la encontré mirándome como si tuviera delante un espectro inesperado y con el labio tan mordisqueado que asomaba debajo la carne gelatinosa. «He pensado que ella... Creía que tú también me habías dejado», me dijo con los ojos anegados en lágrimas mientras señalaba una cara igual a la mía, salvo por ciertos detalles. Mi pelo rubio, lacio, áspero y quebradizo como una vieja cuerda; el suyo, brillante. Los ojos lo más parecido al negro que una pueda imaginar; los suyos, con un hilo ambarino en el iris izquierdo. Los labios tan redondos que el carmín

me hacía parecer un payaso de circo, siempre reseco y embadurnados de bálsamo hasta volverse blancos, un reflejo del que no conseguía librarme; los suyos, de un rubor rosáceo, suaves y con una sonrisa de dientes blancos y perfectamente rectos. Al ver aquella cara que parpadeaba en el televisor, tuve la sensación de estar ante una versión mejorada de mí misma... la que deseaba ser. El ideal artístico en el que un pincel hubiera suavizado mis defectos, con un toque delicado entre las líneas.

«Un mes después de su desaparición, Emily Frost continúa en paradero desconocido. La familia de la adolescente vuelve a hacer un llamamiento y solicita cualquier información que pueda estar relacionada con la búsqueda».

Miré las imágenes de archivo, el conocido acantilado y aquella orilla demasiado conocida. Por entonces, nadie se molestaba en llevar un recuento de los suicidios. A Emily la vieron por última vez caminando por allí, en el punto más alto.

—Mamá, estoy aquí. Esa chica no soy yo. Se habrá tirado al mar —dije, cogiendo el mando a distancia—. Todos hacen lo mismo.

«Solo queremos que vuelvas —dijo su padre, con la vista clavada en el objetivo—. Te echamos de menos, Emily. Vuelve a casa, por favor».

Cambié de canal y volví a dormir.

Si sobrevivir a un accidente mortal tiene alguna ventaja —además de lo más obvio—, es que nadie va a forzarte a que vuelvas a clase.

—No vayas mientras no te sientas con fuerza —dijo mi madre y el terapeuta asentía por detrás con conocimiento de causa, un copo de maíz atrapado en el bigote y marcas grasientas de dedos en las gafas—. No tienes que hacer nada que no te apetezca. Tómate tu tiempo.

Y así lo hice. Me tomé mi tiempo y no aparecí por clase hasta los exámenes finales, cuando me senté rodeada de viejos conocidos haciendo alarde de «educación en casa».

Entré y salí entre los cuchicheos de mis antiguos compañeros y uno de ellos dijo: «Pensaba que se había matado», sin dejar de señalarme con una uña tan mordida que sangraba.

Para entonces, ya tenía planeado mi futuro o, al menos, un borrador con lo básico. Me iba a marchar —aunque no sabía muy bien adónde— y a buscar un trabajo. Me haría camarera en una cafetería tranquila donde los clientes me contarían apasionantes mentiras. O sería librera y les brindaría mundos nuevos a los niños aburridos; o puede que fuera asistente en una galería de arte. Podría aprender a cantar o a tocar la guitarra. Y también, por qué no, escribir un libro, mientras la vida pasaba tranquila a mi alrededor. No sería nada deslumbrante, estaba claro, pero a mí me bastaría. Lo cierto es que en cualquier parte iba a estar mejor que en esa ciudad en la que los tonos grises de las viejas casas, del cielo y del mar calaban en el corazón hasta volverlo irremediablemente negro.

Sin embargo cuando volví a casa el día de las notas, encontré a mi madre estrujando nerviosa unos papeles en la mesa de la cocina.

—A ellos les habría gustado —dijo, mientras me entregaba el formulario de admisión de Elm Hollow, un colegio femenino a las afueras de la ciudad—. Es un privilegio.

Era cierto, y podía permitírmelo gracias a la indecible indemnización que nos ofreció la compañía de transporte del tráiler que nos aplastó el coche.

Para mí, el instituto era ventanas sujetas con cinta adhesiva, paredes agrietadas y colores grises, incluso en los días de sol; pabellones prefabricados de un frío helador, baños con los espejos llenos de pintadas y el tufo terroso del sudor adolescente.

—No quiero —dije y me marché.

No discutió conmigo, pero los papeles siguieron durante semanas en la mesa de la cocina, y, cada vez que pasaba por delante, me veía tentada por las deslumbrantes fotografías del folleto: unos apabullantes edificios de ladrillo rojo sobre un cielo demasiado azul, con el sol perforando nu-